

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

NÚMEROS PUBLICADOS

- N.º 1 **La que se hizo amar,**
por Marcel Priollet
- „ 2 **Nada se borra,**
por Max Dervieux
- „ 3 **La esposa y la amiga,**
por José Baeza Valero
- „ 4 **El hombre que no servía para nada,**
por Jorge Clary
- „ 5 **La falta del hombre,**
por René Trolet de Bargas
- „ 6 **Mujeres...,**
por Francisco-Mario Bistagne

Acaba de aparecer el 7.º volumen

Lecciones de la vida,

por Félix Léonnec, con gran éxito

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de UNA PESETA

J. NORTA, IMPRENSA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 329

25 CTS.



¡EL DE
LA SUERTE!

POR

OSSEL OSWALDA
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración | Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 329

¡El de la suerte!

Interesante y divertida comedia
interpretada por la gentil artista **Ossi Oswalda**



EXCLUSIVAS

LEMIC, S. A.

Mallorca, 236

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
DOLORES DEL RIO



¡EL DE LA SUERTE!

Argumento de la película

Pepona, "la trágica", como solían llamarla sus amistades, servía en calidad de camarera... de camarera sentimental, en un hotel de provincias, donde se comía mal, se dormía peor y se cobraba por adelantado.

Aquel día, la simpática doncella recibió una epístola de su adorado tormento, y su corazón le golpeaba fuertemente en la caja, como si de súbito se hubiese vuelto timbalero.

La cartita, más amorosa que perfumada, decía así:

Pepona: Si en tu corazón tienes un poco de mermelada para tu esclavo, ven esta noche al Jardín de los Suspiros y sabrás de lo que es capaz un ultramarinero. Es tuyo,

Juanito y su perro.

Loca de contento, la doncellita entregó al perro de Juanito, que era el portador de la misiva de éste, su contestación; y hela aquí:

Juanito: Iré... Y voy a suspirar tanto que te constiparás.

Pepona

Alargó el papel al can, y éste, aprisionándolo entre sus dientes, emprendió ligera carrera hacia el almacén de comestibles en donde Juanito estaba empleado.

En toda tienda de ultramarinos ha de haber, además de jamón, un dependiente serrano que atraiga a las menegildas como la miel a las moscas, y Juanito, en la suya, cumplía a las mil maravillas su papel de "serrano". Era un buen mozo, y se puede asegurar que cuando alguna criadita le pedía manteca, otras miraban maliciosamente a Juanito...

Aquella mañana el dueño de la tienda, que era a la vez cajero del establecimiento, tuvo que llamar insistentemente a Juanito para que acudiera a atender a varias criadas.

—Pero ¿dónde está Juanito? — preguntaron las cachas, no queriendo que las despachase nadie más que él.

Apurado, el dueño metió la pata:

—Está cristianando el vino en la bodega.

—¡Ah! Al menos es usted franco...

—No están los tiempos para beber vino puro, hijitas... Además, Juanito sabe su obligación, y os protege a todos, porque rebajándole algún grado al vino, me permite rebajaros algunos céntimos por litro. Es la ley de las compensaciones.

Las sirvientas iban a poner verde al dueño,

pero la aparición de Juanito, quien, en efecto, acababa de bautizar al vino, hizo cesar el fuego, y desde aquel instante todas las baterías se dirigieron hacia el hombrón con cara de ingenuo que tan afablemente sabía atenderlas...

Todas suspiraban por él... Todas estarían dispuestas, si él se lo pidiera, a cometer barbaridades, a sisarles hasta el moño a sus respectivas señoritas, para que Juanito se pudiera dar una gran vida gracias a ellas...

Pero Juanito era un buen chico, un bendito, y no había peligro a explosión.

Sin embargo, alguna que otra chacha era tan tentadora, que no sería de extrañar que el cordero se transformase, inopinadamente, en lobo hambriento, pues tantas veces va el cántaro a la fuente...

Gertrudis y Nicolasa, hijas de Anastasia y Sinfroso, la primera, y de Eustaquia y Cirilo, la segunda, que prestaban sus servicios de criada para todo en casa de la marquesa de Pelegatos y el conde de la Morcilla, respectivamente, gente arruinada, como es cosa corriente, se habían propuesto conquistar a Juanito, y sus insinuaciones eran más atrevidas incluso que las de Greta Garbo a John Gilbert en *El Demonio y la Carne*, y es decir mucho...

Afortunadamente, cuando más le estaban tentando — de palabra, ¿eh? —, recibió Juanito la notita de Pepona de manos, digo, de boca del perro.

El hortera enrojeció de alegría, y después

de leer la contestación de su amada, dijo a los dos rivales de ésta:

—¡Hoy llevo bajado el “alquila”!

Y las chachas abandonaron la tienda apesadadas...

¡Con lo mantecoso que resultaba Juanito!...

Entretanto había llegado al hotel donde servía Pepona, un empresario teatral de provincias, un pobre iluso que tenía más panza que dinero, seguramente porque era un gandul que hacía trabajar a los demás.

De edad dudosa, y al decir dudosa queremos indicar que ni era joven ni interesante, que lo mismo podía tener cincuenta que cuatrocientos mil años, porque era ya como un caballo destinado al arrastre...el empresario, que tenía sus debilidades, fijóse atentamente en Pepona.

Por su parte, Pepona, que ponía en orden el mobiliario del cuarto alquilado por el empresario, mientras éste sacaba de un mundo, buscando ropa interior de recambio, unos calzoncillos de trovador, que estaban encima de todo y que en algunas ocasiones se ponía el vejestorio, para contemplarse delante del espejo y considerarse un Don Juan auténtico, aunque con un poco más de barriga que el sevillano, sentía el incontenible deseo de decirle al nuevo huésped que ella anhelaba alcanzar la gloria en las tablas.

Pepona no ignoraba quién era aquel viajero. Un poco antes había leído lo que él escribiera en la hoja de registro del hotel. Véase:

Nombre: Oscar Arruinati.
Profesión: Empresario de teatros de pueblo.
Edad: Variable.
Residencia: Varias carreteras.
Rentas: Deudas.

Y en su ignorancia pensó Pepona que las deudas de que hablaba el empresario eran de otros a él; y le compadecía por su buen corazón fiando a la gente.

Al empresario no se le ocultó, además de que Pepona era "aprovechable", que los calzoncillos de trovador habían llamado poderosamente la atención de la doncella; y sonriente le dijo:

—¿Te gustaría lucir estas prendas interiores, de época, delante del público?

—¡Ya... ya lo creo! — exclamó Pepona.

—Yo no me equivoco nunca... En seguida adiviné en ti grandes cualidades artísticas.

—¿De veras, señor?

—Sí. ¡Puedes ser una gran actriz dramática!... ¡Tienes buenas formas y le gustas al empresario!

La ilusa no comprendió el alcance de eso de las formas y se limitó a emocionarse pensando en la gloria que la esperaba allá arriba, subiendo por la calle de Salmerón y torciendo a mano izquierda, donde las musas esperan, pues allí está el "Bosque"...

Siguieron hablando Pepona y el empresario; y la tontuela de Pepona estaba determinada a incorporarse a su compañía teatral.

Pero no se olvidó de acudir a la cita que le diera a Juanito.

El hortera la estaba esperando, con su perro, sentado, para no cansarse, en un banco del Jardín ¡ay! de los Suspiros.

—¿Qué tal, pedacito de atún? — le dijo



—¡Tienes buenas formas y le gustas al empresario!

Juanito, cuando ella apareció.

—No me llames atún, Juanitín, que es muy feo...

—Disimula, chorizo de Cantimpalos...

—¡Por favor, Juanitarrito, no me llames chorizo!...

—Como me gusta también tanto, ¿sabes?...

—Has de ser más fino... Llámame flor de azahar, mimosa, clavel de tus amores, flor de...

—Flor de un día, y espinas de una flor.

—¡Eres un tonto!

—Quita, mujer... Te voy a llamar... fíjate bien... ¡coliflor!

—¡Por dios, Juaniquitarro!

—Dejemos eso de los nombres, que son tonterías, Pepirriña.

—¡Ay, Juanitíbilis!... En mi camino nace la gloria.

—¿La gloria?... Y ¿con qué se come eso?

—Eso no se come, hombre... La gloria es el éxito, el aplauso del público.

—Demasiadas cosas. Y créeme a mí: tú vas a representar conmigo la tragedia de los que buscaban un piso para casarse.

—Sí, Juanín...

—En vez de gritar en escena, ya gritarás en casa cuando yo te despeine.

—Lo que tú quieras, Juaniabolín.

Mientras se acaramelaban, el perro de Juan le hacía cosquillas a una linda perrilla, la cual se ruborizaba como una amapola.

Porque, señoras y caballeros, también los pobres canes tienen su corazoncito.

Aquel día era ansiosamente esperado por muchos mortales, en su mayoría pobres.

Era día de lotería; día en que la diosa Fortuna iba a sonreír a unos pocos y a dejar con la esperanza a casi todos.

Un barrendero público soñaba con tirar la escoba, confiando en la Lotería Nacional. Había adquirido un décimo para el sorteo de aquel día y estaba persuadido de que iba a ganar algún premio.

Pero... barrendero, a tus basuras... Y el dicho no falló aquella vez tampoco. Y el pobre iluso, que nació y moriría más pobre que una rata, continuó su trabajo pensando en aquellos versos...

Hojas del árbol caídas...

Juguetes de escoba son...

Sin embargo, el premio tenía que favorecer forzosamente a alguien, y el afortunado mortal sufrió un desmayo al verse repentinamente millonario.

La escena del colapso ocurrió en la tienda de ultramarinos donde prestaba sus servicios Juan; y el favorecido... ¡viva!... el favorecido fué... fué... fué... ¡bravo!... ¡bendita sea tu madre!... fué... ¡Juanito!

El pedazo de atún, digo, de pan, había adquirido un número por casualidad, y, claro, como no pensaba que le tocara, le tocó el gordo, para mortificarle, sin duda, porque la Fortuna no puede sufrir a aquellos que no le hacen caso. Es una damita muy vanidosa.

Cuando el hortera se recobró, el dueño de la tienda le abrió los brazos para abrazarle con todas sus fuerzas, en prueba de alegría y afecto; y le dijo:

—¡Juanito!... ¡Yo siempre te he querido!...

¡Ha llegado el momento de hacerte socio de la tienda!

Juanito se echó a reír.

—¡Vaya socio! — exclamó—... ¡En Berlín me esperan duquesas, condesas y baronesas en estado de merecer!

Y colgando del brazo del estupefacto dueño la bayeta de fregar el suelo y abandonándole también la escoba, desapareció tranquilamente hacia su casa, después de haber abrazado a un carbonero que acababa de entrar en la tienda para felicitarle.

Pepona estaba ya enterada del fausto acontecimiento, y después de arreglarse un poquitín y de mercar unas flores echó a correr en dirección a la casa de su novio.

La doncella estaba lejos de suponer lo que en aquellos momentos estaba haciendo Juanito.

¡Ah, qué ingratos *semos* los hombres! Ah!
¡Ah!

El ex hortera escribía la siguiente carta:

Pepona:

Comprendiendo que ochenta kilos de dependiente de ultramarinos no valen la pena de hacerte abandonar a Talía, te devuelvo la palabra, las camisetas que me regalaste, dos rosas secas y el collar de seda que le hiciste a Pilili.

Sigue por la senda del arte. Yo me voy por otra senda.

Tu ex tuyo.

Juanito y su perro.

Cuando todo lo tuvo preparado, Juanito dejó la carta dirigida a Pepona, encima de la caja conteniendo todo lo que le devolvía y se dispuso a marcharse con el perro, a quien, jovialmente, dijo:



... después de haber abrazado a un carbonero...

—¡Pilili!... ¡Ha llegado la hora de comprarte un collar de longanizas!

El can bailaba el baile de su nombre — el can-can—, para expresar su alegría; y en ese momento tan crítico hizo su aparición en casa del ingrato novio, Pepona, la trágica, portadora de un ramillete de olorosas flores...

—¡ Ah!... ¿Eres tú? — dijo, un tanto azorado, Juanito.

—Sí, soy yo... ¿Por qué me miras de ese modo?... ¿No estás contento?

—Cla... cla...

—Ríete de una vez, Juanininito.

—Cla... claro... Estoy muy contento...

—Pues no lo parece. ¡Ay, yo tuve un alegrón, Juanilín!... Pero ¿qué es eso?... ¿Una carta para mí?

—¡ No es nada, no es nada!

—Deja que la lea.

—Si es que...

—¿Te marchabas, Nito? ¡Sí, te marchabas!... ¿Y sin mí?

Sin que Juanito pudiera evitarlo, Pepona rasgó el sobre dirigido a su nombre y leyó la carta contenida en él, cuyo texto nos es conocido.

—¡ Dios mío, qué desengaño! — gimió.

—Yo, Pepona...

La infeliz, mirándole desdeñosamente, para corresponder a su indiferencia mortal, le contestó, recordando a ciertos personajes de dramas:

¿Qué puede en tu lengua haber,
que borre lo que tu mano
esquiribió en este papel?
¡ Oh, tú, seductor infame
de cándida sencillez!
¡ Sólo con pobres doncellas
demuestras, Juan, tu altivez!...

Juanito pretendió interrumpirla, pero Pepona, al terminar sus versos, y no acordándose, probablemente, de otros, hizo mutis por el foro, dejando en paz al nuevo rico, que suspiró al considerarse definitivamente libre de la novia que no era, por causa de las circunstancias, de su elevado rango.

El perro le miraba como diciéndole:

—¿Qué hacemos, tú?

Y Juanito, soltando una sonora carcajada echó por completo al olvido a Pepona y contestó al perro:

—¡ Pilili! ¡ La juerga nos espera!

El perro giró en redondo sus ojillos en sus órbitas y meneó la cola. ¡ Buen síntoma!

*
**

—Yo te empujo. Tú subirás. Tú créeme a mí y lo demás son coles.

—Sí, señor... Yo quiero llegar... Es la única ilusión que me queda.

—Pues yo te empujo, y no hablemos más. Mañana voy a reunirme con mi Compañía, que está ahora en el pueblo cercano; tú das tus ocho días al dueño del hotel y vienes a reunirme con nosotros tan pronto puedas en el lugar que yo te indicaré mañana mismo por carta. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, señor...

Así hablaban el Empresario teatral y Pepona, aquél viendo en la apetitosa doncella un buen manjar, y ésta viendo en el Empresario un desinteresado Mecenas.

Por su lado, Juanito y su perro habían llegado a la capital y se paseaban, para aprender a gastar dinero, en berlina de la mañana a la noche, no atreviéndose de momento a tomar un taxi.

Se hospedó en una pensión más bien modesta que otra cosa, pues se asustó al ver los imponentes hoteles que su fortuna le brindaba, y se consideraba el hombre más feliz del mundo.

Y así pasaron algunos días.

Pepona lió su maleta y tomó el tren hacia el lugar que el Empresario le indicara, para reunirse con la Compañía.

Al llegar al pueblecito en cuestión, Pepona buscaba un mozo de cuerda que por unos céntimos se encargase de llevarle el equipaje a la Pensión de Artistas; pero sólo vió a un basurero del Municipio que empujaba una carretilla.

—¿Quiere llevar mis enseres y joyas a la posada de los artistas? — le preguntó con cierto orgullo.

—No puedo, señorita... porque sólo puedo llevar basura.

En aquel momento pasó cerca de ellos un joven con cara de seimarinista; se detuvo; enteróse de lo que ocurría, y dijo, dirigiéndose al empleado municipal :

—Merece respeto por mujer y adoración por artista.

Pepona sonrió, agradecida, y mientras el basurero proseguía su camino, el joven, que

era camarero y romántico, y se llamaba Hugo, apoderábase de la maleta de Pepona y le decía, envolviéndola en cálidas miradas:

—Permítame, señorita artista, que la acompañe...

—Con mucho gusto, pero siento que se moleste usted...

—No es molestia, sino placer...

Juanito, en la pensión, tuvo un agradable encuentro: una mujer, vecina de habitación. Escudándose en sus millones, fué tras ella desde el pasillo, donde la vió salir de su cuarto.

La vecina fué al salón de lectura y sentóse frente a ella en las mesitas destinadas a escribir, para poder mirarla, discretamente, mientras ella escribía.

Pero se conoce que a la vecina no le resultó el provinciano, pues no le hizo caso y sí mucha gracia, pitorreándose para sus adentros de él.

En la pensión se hallaba un alto personaje caído desde lo alto de la opulencia. Un idiota había de ser, y lo era. Nos referimos al marqués de Ayuno Añejo, viejo noble sin palacio, sin rentas y sin crédito en la pensión, mantenido por la esperanza de regreso del ex Kaiser.

El marqués comprendió el interés que sentía Juanito hacia la bella vecina, y de buena gana se hubiese cambiado él por ella, porque el provinciano tenía cara de tonto pero, al parecer, no le faltaban buenos billetes, y como a él le gustaban tanto los pápiros de a mil...

La aparición de Pepona en la habitación ocupada por las artistas de la Compañía del Empresario Arruinati fué recibida con frialdad. Las Damas de las Camelias, Toscas e Ineses de pueblo eran unas verdaderas calamidades y acogieron a la nueva actriz como una calamidad más y sabido es que a las calamidades no se les pone buena cara.

Desde que Juanito vió a su linda vecina la espiaba día y noche, y aquella mañana, apostado detrás de la puerta de su habitación ligeramente entreabierta, pudo verla en camisita al depositar ella sus zapatos junto a su puerta, para que se los limpiaran como todas las mañanas.

Aquella visión "chelitesca" enloqueció a Juanito; y como prueba de su demencia escribió esta carta:

El abajo firmante es el de la suerte. Por mi cara y mi tipo la fortuna me dió 1.500.000 marcos oro. No sé si he puesto un cero de menos por no tener práctica, pero el caso es que soy muy rico.

En mi cuarto espero con mis marcos y mi perro.

Don Juan.

El muy papanatas se firmaba Don Juan porque este era el trato que le daban desde que tenía pasta.

La carta llegó a manos de la vecina por conducto de los zapatos, y la linda dama sería muy guasona o de mucho compromiso, pues

en lugar de contestar agradablemente no contestó nada y fué a colocar la cartita en las primeras botas masculinas que halló a su paso y que resultaron ser las del marqués de Ayuno Añejo, que en aquellos momentos se estaba desayunando con facturas atrasadas.

Inútil decir que el marqués no fué corto ni perezoso en acudir a sacar partido de la situación.

Juanito esperaba febrilmente a la linda vecina, imaginándose que nada podía resistirse al dinero, y se llevó un gran chasco al ver entrar en su habitación al marqués sin blanca.

—¡Paso a la juventud! — había dicho Juanito al abrir la puerta, creyendo que quien llegaba era la escultural vecina.

El marqués, calándose su monóculo, pues lo usaba a pesar de que sus botas tuvieran cien bocas, respondió:

—Ni tan joven, ni tan bello, pero muy agradecido a su carta recibida por correo de pasillo.

—¿Cómo?

—Sí; véala usted.

Y le mostró la carta que la vecina había puesto en sus botas.

Juanito no supo qué contestar.

—¡Joven, ha caído usted en buenas manos! — añadió el marqués.

Menos mal. Pero, ¿quién era aquel hombre? Juanito no las tenía todas consigo.

—¡Soy el marqués de Ayuno Añejo! — continuó diciendo el noble arruinado.

Juanito pudo al fin decir:

—¡Ah!... ¡Si usted es marqués la vecina rubia será marquesa!

—¡Qué atrocidad, caballero! Esa rubia es una cualquiera indigna de sus miradas. ¡Usted merece una noble!

—Sí, señor, una noble, lo más noble posible.

—Por eso le digo que ha caído usted en buenas manos. Fíe usted en mí. No le pesará el haberme mandado esa carta solicitando mi protección, para lanzarlo en la buena sociedad, su elemento desde este instante.

—Muy bien, distinguido marqués.

—Vamos a empezar inmediatamente la nueva vida. Ya verá usted cómo le voy a transformar.

Llamó a un criado y le dijo:

—¡Pronto!... ¡Un coche!... ¡Paga éste!

Y cuando desapareció el criado, el marqués, cantando victoria por dentro, pues tenía un apetito atroz, exclamó, tratándole como a un chiquillo:

—¡Joven Juanito!... ¡Te voy a vestir y educar de una manera que el príncipe de Gales a tu lado parecerá un cochero de punto!

Y la primera lección fué vestirse "a dúo"... sin olvidar a Pilili, a quien le tomaron el pelo enfundándole como una morcilla.

Y puestos a mandar a la escuela a Juanito, nombremos a los profesores que le eligió el marqués:

N. 1. — El profesor de movimiento rítmico, que le enseñó a bailar el charleston y que pa-

recía un aburrido de la vida... o un gandul.

N. 2 — La profesora de educación, doña Reverencia, nacida para no enseñar, pues pretendía que sus alumnos acudieran a ella ya enseñados.

N. 3 — El propio marqués, que se nombró a sí mismo, para asegurarse los garbanzos, profesor de alimentación.

Juanito, al igual que Sancho Panza cuando le nombraron gobernador de la isla, hubiera mandado al diablo honores y riquezas por un buen plato de judías; pero el marqués estaba a su lado y no le permitía que desfalleciera cuando iban acercándose poco a poco al éxito.

Y entretanto Juanito se quedaba sin comer, porque el marqués le prohibía que como tenedor emplease los deditos.

*
**

En un teatro que por pagador tenía la miseria, por esperanza el hambre y por presente el trabajo rudo, la futura estrella desempeñaba el principalísimo papel de apuntadora.

Las obras que representaba la Compañía eran de capa y espada, y eran tan risibles como la Compañía misma. El galán era un viejo y los trajes dejaban mucho que desear. En fin, la cuestión era hacer pasar el rato a los pueblerinos, y eso lo conseguían fácilmente, pues la mayoría comía en el mismo local y digería viendo la función.

Además de su papel de apuntadora, Pepona cuidaba del telón. Hugo, el camarero, la se-

guía a todas partes, unido a la Compañía, colocándose de su oficio en ella, para servir cerveza a los espectadores durante las funciones. Y ni que decir tiene que no se olvidaba nunca de ofrecerle algo a su amada Pepona, cuyo



... se nombró a sí mismo, profesor de alimentación.

talento, ignorado de todos, él distinguía y veneraba.

En Berlín, Juanito hacía progresos. El marqués, cobrándose lo suyo, desde luego, le había transformado en un *gentelman*, algo patoso aún, porque acuérdense del cuento de la

mona, pero podía pasar por elegante, pues tenía plata.

Un buen día ¡ay mamá! Juanito se cruzó con Cupidito y éste le hirió en mitad del cora-



... desempeñaba el principalísimo papel de apuntadora.

zón; y tiempo le faltó a nuestro héroe para ir a avisar de ello al marqués.

—¡He conocido a Margarita, la que se va a tragar mis millones! — exclamó, interrumpiéndole en sus ejercicios gimnásticos a los que se entregaba para no perder la línea.

La noticia no podía hacer reventar de alegría al noble arruinado, pero éste supo disimular perfectamente y no se atrevió a contrariar a Juanito, no fuera a quitarle la sopa boba.

No lejos de allí, en su casa, Margarita, la personita que Cupido puso en el camino de Juanito, se presentaba ante su madre y le decía, llena de gozo:

—¡Mamá!... ¡He conocido a un Don Juan más bueno que el pan, más rico que un banco y más simpático que una buena noticia!... ¡Es millonario, viene con buen fin y le abona el marqués de Ayuno Añejo!

La madre, ante tan buenas referencias, asintió a todo; y al día siguiente el marqués, por encargo de Juanito, se presentaba a la madre de Margarita.

—Señora — le dijo —: le pido la mano de su hija para mi sobrino, cuya nobleza viene de la rama ultramarinera de mi árbol genealógico.

Y huelga decir que la buena señora — buena hasta prueba de lo contrario — se colgó de esa rama de hojas de oro.

Y la boda fué a toda marcha.

Desde que era rico, Juanito se sentía americano... y ¡ya estaba casado! Tenía ya mujer... ¡y suegra! ¡Era feliz!... ¿Hemos dicho feliz? ¿Nos habremos equivocado?

**

El tiempo iba pasando... y las esperanzas también, aunque con resistencia.

Pepona seguía siendo empujada — de boquilla nada más — por el Empresario — pero parecía inamovible en su cargo de apuntadora y telonera.

Sin embargo, un día el Empresario la llamó a su cuarto para entregarle un papel.

Enterado de ello, Hugo, el camarero, dijo a Pepona:

—¡Dios mío!... ¡Que ese papel no sea para mí un papel ridículo!

Pepona le tranquilizó y entró en el cuarto del Empresario, y Hugo, que quedó en espera de ella junto a la puerta, oyó al poco rato una palmada, como si le llamaran desde dentro; y otro poco después vió a Pepona salir echando pestes contra el tío que la empujaba... ¡por la cintura.

Naturalmente, Pepona abandonó desde aquel momento la Compañía, pero Hugo, que pensando en casarse no podía abandonar su empleo, la hizo prometer que aunque se marchase lejos no le olvidaría y que le llamaría a su lado tan pronto hallase una colocación para él donde ella fuere.

Juanito conoció pronto a su suegra, que sólo le aceptó como yerno por los cuartos. La "mala" señora le criticaba a cada instante; pero por fortuna, Margarita amaba de veras a su marido y éste, gracias a su amor, podía olvidar las tonterías de la madre política tan poco política.

Pero el amor también tiene sus inconvenientes, sobre todo como el de Margarita, cu-

yos celos eran enormes, y a causa de los cuales fué despedida una doncella de servicio, que era una monada desde las piernas hasta la punta del último pelo. El motivo del despido fué el sorprender a Juanito contemplándole las pantorrillas cuando la doncella estaba subida en una escalera de mano.

Juanito explicó la cosa así:

—¡Te juro que miraba para saber que tus pantorrillas no tienen rival!

Pero Margarita prefirió suprimir las tentadoras piernas... ¡Era más prudente!

Antes que ver a su hija haciendo de criada, a causa del despido de la titular, la suegra, que fué a visitarla poco después de haber echado Margarita a la calle a la propietaria de las pantorrillas admirables, pidió otra criada a una agencia de colocaciones... y mandaron a Margarita a... Pepona, que había acudido a la citada agencia en busca de lo que se presentare para ganarse el sustento.

Aquella tarde, Pepona se presentó a Margarita con el siguiente certificado:

Esta Agencia responde de la conducta de la sirvienta Pepona, conocida por "la trágica" por sus aficiones al teatro. Es fiel, honrada y no tiene otro vicio que el de recitar versos. Como quiera que ha hecho de reina en las tablas, puede hacer muy bien de camarera en la realidad.

Estas referencias complacieron a Margarita.

—Puede usted quedarse, Pepona — le dijo — Pero... tenga en cuenta que soy recién ca-

sada... y celosa. Sus pantorrillas han de ser un secreto para mi marido.

—Señora — contestó Pepona... Hace tiempo tuve un desengaño amoroso que dejó mi corazón inservible para los latidos. Soy de corcho.

—Mejor — pensó Margarita.

Y Pepona, recibiendo instrucciones de la cocinera, debutó aquella tarde llevando el café a Juanito, que leía en su despacho.

El ex hortera no sospechaba ni remotamente la inenarrable sorpresa que iba a recibir cuando viese a Pepona.

Esta fué la primera en exclamar:

—¡Tú!

Juanito, dando un salto en su asiento, exclamó, a su vez:

—¡Tú... tú...ru... tú!

Pepona dejó la bandeja en una mesita y rióse estrepitosamente:

—¡El capricho de las damas, casado!

—¡La que se va a armar! — se dijo, alarmado. Juanito. Y para hacerla callar le ofreció unos billetes, diciéndole—: ¡Toma y vete a hacer... comedia!

Pepona se rió más y mejor y exclamó:

—¡Narices!... ¡Esta es mi venganza!... ¡Yo te amargo la luna!

—¡Vete al teatro!

—¡Qué mejor teatro que esta casa! ¡Haré de vengadora!

—¡No! ¡No, por Dios!

Llegó (Margarita, y Pepona, disimulando

como una consumada actriz, desapareció del despacho.

—Te he traído una criada modelo. Juanito —díjole la esposita, encantada.

El, distraído, replicó:



—¡El capricho de las damas, casado!

—¡Si yo fuera amigo de Lindberg me hacía su compañero inseparable.

*
**

La primera obligación que Pepona impuso a Juanito fué la de no limpiar su ropa.

Pero al ser sorprendido por Margarita qui-

tando el polvo a sus vestidos teniendo a su lado, para burlarse de él, a Pepona, Juanito, entregando a ésta el sacudidor de mimbre, le dijo, para salvar la situación.

—¿Ve usted?... ¡Esto se hace así!

Y el ex novio de la criada sudaba tinta.

Juanito había mandado a paseo al marqués, remitiéndole por última vez un cheque de diez mil marcos, y se creía al fin libre de intrusos, cuando el destino le mandó a Pepona para amargarle la existencia. ¡Si aquello duraba mucho se volvería loco!

Pero Pepona no amaba ya a Juanito. Su corazón pertenecía por entero a Hugo, que la comprendía y a quien esperaba, pues le había escrito la siguiente carta:

Hugo: Deja el pueblo y ven a la ciudad. Aquí he encontrado una mina. Para dejar el servicio estoy segura de que me pondrían casa y bar. Ven y seremos ricos, rico mío. Tuya

Pepona.

Todos los esfuerzos de Pepona tendían a obligar a Juanito a soltar una buena cantidad para que ella y Hugo pudieran instalar un negocio.

A la hora de la comida de aquel día, Margarita había dicho a su marido que acababa de contratar a Pepona por cinco años, y Juanito, que creyó enloquecer, soñó por la noche, presa de pesadillas:

—¡Cinco años de esclavitud!... ¡Asesina!... ¡La mataré!

Asustada, Margarita le despertó:

—¿Qué te pasa, Juanito?

—Nada... nada... Estaba soñando...

Al día siguiente Pepona leyó este artículo en un periódico:



Y el ex novio de la criada sudaba tinta.

ESCÁNDALO EN EL GRAN MUNDO
CONTRA EL MILLONARIO DON JUAN FOIEGRAS
SE PRESENTA UNA DENUNCIA GRAVÍSIMA

Ha sido detenido por sus manejos un poco raros el marqués de Ayuno Añejo, acusado de no pagar hoteles, fondas ni coches. Parece

ser que este noble ha vivido en compañía financiera de un sobrino suyo, don Juan de Foiegras, al que busca la policía.

El tal Foiegras, es un antiguo dependiente de ultramarinos conocido por "el capricho de las damas", cuya situación financiera no se conoce, pero que vive espléndidamente. Su tío le acusa de sacamantecas, monedero falso y otras virtudes que le abrirán las puertas de presidio para una temporada.

—¡Hablan de ti! — dijo Pepona a Juanito, a quien estuvo atormentando hasta que vió ese artículo en el periódico.

Juanito palideció. ¿Qué tenía que ver él con los manejos del marqués?

La cocinera había estado espiando a Pepona bromeando con Juanito y fué a avisar a Margarita.

—¡Señorita!... ¡Su esposo es un sacamantecero!

—¿Qué dices?

—¡Írá a presidio por una temporada!

—¿Cómo?

—¡El periódico lo dice!... ¡Además, la criada está loca por él!

Hugo llegó en aquel momento a la casa, y Pepona le encerró en su cuarto, pues detrás de aquél llamaron a la puerta otra vez.

¡Era la policía! Venía por Juanito, y se lo llevó sin darle explicaciones.

Margarita se desmayó, y al volver en sí sometió a severo interrogatorio a Pepona.

—Señorita... perdóneme usted... pero Juanito, antes de ser de usted había sido codiciado por todas las criadas... Fué mi novio... pero me resultó ingrato y quería vengarme un poco de él.

—Tenga usted en cuenta que ahora es mi marido.

—Sí, claro... pero reconozca usted, señorita, que se portó muy mal conmigo.

—¿Se alegra usted, pues, de que esté preso?

—¡Eso no!

—Voy a ir a ver qué ocurre.

Mientras Margarita se arreglaba, volvió Juanito a su casa.

—¡Amor mío! Fué una confusión, ¿verdad? — dijo la esposa, recobrando la tranquilidad.

—¡Claro, pedazo de... chantilly! Me llamaron para proponerme el nombramiento de gobernador. Pero yo he declinado el honor.

Conteniéndose la risa, Margarita replicó:

—¡Embustero!... ¡Capricho de las doncellas!... ¡Ni eres noble, ni eres sobrino del marqués!... ¡Tú sólo eres "el de la suerte" y mi marido!

—Pero, ¿qué dices?

—Lo sé todo... Y has de saber otra cosa... que vas a ser padre de un muñeco...

—¿De veras?... ¡Ahora sí que soy el tío de la suerte!

De súbito oyeron unos gritos horripilantes. Salieron al pasillo y vieron a la cocinera señalando a Hugo a quien Pepona acababa de libertar de su encierro, del que el muchacho ha-

bía salido corriendo porque se estaba haciendo pipí desde hacía un buen rato.

—¿Quién es ese hombre? — preguntó Juanito.

Pepona acudió y dijo:

—¡Es mi amor!

Juanito dió un suspiro y abrazó casi a Hugo. ¡Le quitaba cinco años de pena!

—Nos vamos a casar — añadió Pepona.

—Pues bien, contad con mi apoyo, y que eso sea hoy mismo.

El amor triunfaba.

A solas y para siempre más tranquilos, Margarita dijo a Juanito:

—¿Telefoneo a la Agencia pidiendo otra criada?

El, riéndose como un loco, contestó, abrazando a su mujercita:

—¡Pide nodizas al por mayor!... ¡Yo soy el de la suerte y todo lo hago en grande!

—¡Jesús! — rumoreó Margarita.

Y estaba monísima con sus mejillas frescas como rosas...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La comedia dramática

LA FRIVOLIDAD

por

Charles Roy y Leatrice Joy

Mañana *Los Grandes Films*, el gran asunto

LA FRIVOLIDAD DE UNA DAMA

por

Pola Negri, Rod La Rocque, Adolph Menjou

Acaba de ponerse a la venta la segunda edición de

BEN-HUR

por Ramón Novarro, en las Ediciones Especiales de **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

Exito en las mismas Ediciones Especiales, de

EL DEMONIO Y LA CARNE

Sea Vd. coleccionista de Biblioteca "Nuestro Corazón"

Esta semana: **La primavera refflorece**